

Hace pocos días, en el momento en que Occidente retenía el aliento a la espera de una nueva decisión de la OPEP sobre el aumento del precio del petróleo, V. H. Oppenheim escribía tranquilamente en la revista **Foreign Policy**: "Desde 1971 los Estados Unidos vienen alentando al Oriente Medio para que aumente el precio del petróleo y lo mantenga elevado". Esa es la asombrosa conclusión a la que llegó el autor después de un estudio atento de los documentos del Departamento de Estado, de los testimonios presentados ante el Congreso bajo juramento, y de las entrevistas que mantuvo desde diciembre de 1975 hasta octubre de 1976 con algunos de los principales actores de la política petrolera norteamericana, que "abandonaron el servicio", y algunos de los cuales aceptaron que se mencionara su nombre.

Entre ellos, se cuenta James Akins, actual consejero de Jimmy Carter, ex experto en cuestiones petroleras del Departamento de Estado, designado embajador en Arabia Saudita en 1973 y dejado cesante por razones nada claras en 1975.

El consentimiento de la Casa Blanca

Fue él quien desde 1971 llegó a la conclusión, en un estudio confidencial, de que el aumento del precio del petróleo era inevitable. Esa perspectiva convenía perfectamente por entonces al Departamento de Estado, preocupado por asegurar la "estabilidad política" en la región del Golfo Pérsico, que, a partir de ese momento, adquirió un vital valor estratégico para los intereses norteamericanos. También satisface al "lobby" de la industria petrolera nacional, que espera que un alza de precios provoque nuevas inversiones en investigaciones petroleras en los propios Estados Unidos. En abril de 1971, el **American Petroleum Institute** prepara el terreno con una campaña publicitaria de más de cuatro millones de dólares sobre el tema del "energy gap" (la brecha energética).

Inmediatamente, el conjunto de la administración de Nixon —agencias federales y "ministerios"— abundan sobre la necesidad de un aumento en el precio del petróleo. Esas "señales" no pasan inadvertidas para los responsables de los países árabes productores de petróleo. En 1971, el rey Faisal de Arabia Saudita, en un discurso ante el Parlamento de Arabia Saudita, declaró: "El precio del petróleo debe ser suficiente para cubrir los costos de producción y refinación, y para permitir a los productores un nivel de vida digno".

Según surge de un curioso análisis de la política exterior norteamericana

La impetuosa irrupción de la OPEP en el terreno de la política internacional ha acarreado, como lógica consecuencia, la aparición de innumerables teorías acerca del verdadero rol desempeñado por el organismo y su relación con los países industrializados. A continuación, **La Opinión** reproduce un

artículo de **Le Nouvel Observateur** sobre la política petrolera de los Estados Unidos, del cual surge una aparente complicidad de Henry Kissinger con los productores árabes. A su vez, en el artículo insertado a pie de página, Osiris Troiani procura desmitificar esa versión, a su juicio exagerada.

Acusan a Kissinger de haber respaldado los intereses de la OPEP desde 1971

Escribe
François Schlosser

ger es designado por Nixon en el Departamento de Estado, un estrechamiento recorre el pequeño mundo del petróleo: se hace evidente para los especialistas que los Estados Unidos se aproximan a la OPEP. **Platt's Oilgram**, boletín exclusivamente consagrado a los asuntos petroleros —verdadera pequeña Biblia del "oil business", desde el Caribe hasta los Emiratos— escribe: "Bajo la dirección del nuevo secretario de Estado, los Estados Unidos invierten su posición, y ya no retroceden ante las relaciones especiales con los países productores de petróleo, en especial con Arabia Saudita". No se podía ser más claro.

De hecho, en todo el mundo industrial los expertos comprendieron que se avecinaba la gran "crisis" del petróleo. Los Estados Unidos se oponen a todas las iniciativas que podrían parecer un intento de crear un frente común de los consumidores contra los productores. Los diplomáticos norteamericanos hacen fracasar todas las iniciativas propuestas en secreto por la OCDE, en especial la que preveía una repartición de las cantidades disponibles en caso de embargo. Se comprende la ira de ciertos responsables europeos cuando, algunos meses más tarde, Kissinger finge presidir una cruzada de los consumidores contra la OPEP. Pero el Departamento de Estado tiene ya su doctrina de bronce: hay que fortalecer a Arabia Saudita y a Irán, "enriquecerlos", ligarlos a los Estados Unidos por medio de inversiones mutuas, y garantizar, gracias a esas "relaciones recíprocas", el aprovisionamiento prioritario de los Estados Unidos. En este punto, las conclusiones de V. H. Oppenheim concuerdan con el análisis de Christopher D. Stone y Jack McNamara en **How to take the OPEP**.

El 26 de setiembre de 1973, el Consejo Nacional de Seguridad hace saber que no habrá intervención militar norteamericana en caso de que estalle la guerra en el Oriente Medio. El 8 de octubre, la OPEP anuncia en Viena un aumento del 80 por ciento en el precio del petróleo. Cuatro días después, estalla la guerra. A las tres semanas, se produce la duplicación de los precios y el embargo; hacia fines de año, los precios se habrán cuadruplicado.

Claro, Henry Kissinger trata de unir a Occidente, y realiza una campaña atronadora contra los productores. La prensa norteamericana y europea sigue sus pasos. Pero, en el Golfo Pérsico, los emires se sumergen con más frecuencia en el "Platt's Oilgram" que el **New York Times**. Es así que el 22 de noviembre de 1973 pueden leer, en el boletín petrolero, que los funcionarios norteamericanos responsables se felicitan de la moderación de que hacen gala los Estados árabes en sus decisiones relativas al petróleo. Y también que Nixon no quiere ser llevado por sus aliados hacia una política antiárabe. El 15 de diciembre, Kissinger se entrevista con el rey Faisal. Le propone asistencia técnica e inversiones, sin relacionar nunca sus ofertas con una disminución del precio del petróleo o el levantamiento del embargo. ¿Se trata de la sabiduría de un diplomático que ante todo quiere crear las condiciones para una interrupción de las hostilidades perdurable entre Israel y los árabes? ¿Quería Kissinger, después, obtener una disminución del precio del petróleo, como permiten creer sus declaraciones oficiales? En

mesa de organizar una gran adjudicación de petróleo que permitiría probar que el nivel de precios era demasiado elevado con respecto a la situación real del mercado. Esa adjudicación no se llevó a cabo jamás. James Akins, que seguía siendo embajador de Riyad, dijo al Senado, bajo juramento, que el Departamento de Estado le había impedido hacer lo necesario para que Arabia Saudita mantuviera sus promesas. Akins reconoce hoy que en ese momento tuvo la certeza de que Washington no se oponía a que el precio del petróleo se mantuviera a un nivel muy elevado, aunque esa política jamás hubiera sido formulada oficialmente. Lo que siguió parece darle la razón.

En febrero de 1975, Kissinger se reúne con el Sha de Irán en Saint-Moritz, Suiza. Según Akins, Teherán hizo saber en Riyad que Kissinger no sólo no había hecho ningún esfuerzo para convencer al Sha de que bajara el precio de petróleo, sino que le había dicho: "Los Estados Unidos comprenden el deseo de Irán de obtener un aumento del precio del petróleo". Los sauditas utilizaron en vano todos los canales para hacer saber a Washington que, por su parte, estaban dispuestos a obtener una reducción del precio por parte de la OPEP. James Akins, desde Riyad, bombardeaba al Departamento de Estado con notas en tal sentido. Molestó tanto a Kissinger que éste decide degradarlo.

Hacia fines de 1975 —apenas un año después— el saudita Yamani envió una carta "estrictamente personal" a William Simon, el secretario del Tesoro, en la que escribía frases asombrosas con respecto a la OPEP: "Entre nosotros, hay quienes piensan que la administración norteamericana no han puesto verdaderas objeciones contra el aumento del precio del petróleo".

dos Unidos no se decidían a presionar a Irán, "Arabia Saudita se vería obligada a abandonar su actitud en materia de precios, y a unirse a la posición intransigente de sus socios de la OPEP". Yamani no tuvo el éxito que esperaba. El propio Simon, seducido por las perspectivas de afluencia masiva de petrodólares a Estados Unidos que se abrían, se plegó a la política del petróleo caro.

Los intereses norteamericanos

¿Qué conclusión hay que sacar? ¿Los Estados Unidos han jugado, con respecto a sus aliados occidentales, y durante casi cinco años, un doble juego magistral? La cosa no es tan simple. En primer lugar, en Washington siempre ha habido varias políticas petroleras diferentes, a veces paralelas, según que el Departamento de Estado, la Secretaría del Tesoro o la Secretaría del Interior —en la que los petroleros nacionales son particularmente poderosos— dispusieran de una influencia predominante. Se puede afirmar casi con seguridad los puntos siguientes:

1. Desde 1971 a 1973, Washington, por razones económicas y estratégicas, alentó el aumento del precio del petróleo por parte de la OPEP.

2. Los Estados Unidos no deseaban un aumento tan grande y rápido como el que la OPEP decidió a fines de 1973, a favor de la guerra del Oriente Medio.

3. Los norteamericanos, tanto por interés como porque no podían hacer otra cosa, se adaptaron con rapidez a la nueva situación creada.

¿Cómo se explica la actitud estadounidense? En lo que concierne al Departamento de Estado, la respuesta es relativamente simple: Kissinger estaba obsesionado por la necesidad de estabilizar la región del Golfo Pérsico contra toda tentativa de subversión, y por el deseo de garantizar a cualquier precio el aprovisionamiento de los Estados Unidos, gracias a relaciones bilaterales privilegiadas con los productores del Golfo.

Un nuevo "lobby"

Quedan otras dos explicaciones profundas, y que no se relacionan

reses norteamericanos. También satisface al "lobby" de la industria petrolera nacional, que espera que un alza de precios provoque nuevas inversiones en investigaciones petroleras en los propios Estados Unidos. En abril de 1971, el **American Petroleum Institute** prepara el terreno con una campaña publicitaria de más de cuatro millones de dólares sobre el tema del "energy gap" (la brecha energética).

Inmediatamente, el conjunto de la administración de Nixon —agencias federales y "ministerios"— abundan sobre la necesidad de un aumento en el precio del petróleo. Esas "señales" no pasan inadvertidas para los responsables de los países árabes productores de petróleo. En caso de que no hubieran comprendido, James Akins, una vez más, se encarga de poner los puntos sobre las íes.

He aquí cómo, a fines de marzo de 1972, los productores de petróleo árabes se reúnen cerca de Argel. Iraq acaba de nacionalizar su petróleo. Se invita a Akins como observador. En plena sesión declara que era esperable un gran alza de precios "debido a la ausencia de alternativas a corto plazo para la utilización del petróleo árabe". Acababa de abrir la caja de Pandora. "Es como si hubiera recomendado el aumento", consideró un observador canadiense. Pero así fue como los auditores árabes interpretaron su discurso. A fines de 1972, no bien fue reelegido Nixon, el **National Petroleum Council** publica una serie de estudios que insisten sobre la necesidad de aumentar el precio del petróleo en los Estados Unidos.

En febrero de 1973, el jeque Yamani, ministro de Petróleo de Arabia Saudita, declara: "Interesa a las compañías petroleras que los precios aumenten". En junio, James Akins, a quien el **Wall Street Journal** considera todavía "un oscuro funcionario del Departamento de Estado", es repentinamente nombrado embajador de los Estados Unidos en Riyad. Para los iniciados no cabe ya duda: es la "luz verde" que la Casa Blanca da a los países árabes para que eleven los precios. Por otra parte, los aumentos limitados que tuvieron lugar en el curso de los dos años precedentes prácticamente no suscitaron reacciones.

En el mismo momento, el informe anual de la Casa Blanca sobre economía internacional comprueba sencillamente que los Estados Unidos están bien situados para beneficiarse con el aumento del precio del petróleo: los superávits financieros de la OPEP serán invertidos en los Estados Unidos. Y cuando Kissin-

ger, en especial, se preocupa de una repartición de las cantidades disponibles en caso de embargo. Se comprende la ira de ciertos responsables europeos cuando, algunos meses más tarde, Kissinger finge presidir una cruzada de los consumidores contra la OPEP. Pero el Departamento de Estado tiene ya su doctrina de bronce: hay que fortalecer a Arabia Saudita y a Irán, "enriquecerlos", ligarlos a los Estados Unidos por medio de inversiones mutuas, y garantizar, gracias a esas "relaciones recíprocas", el aprovisionamiento prioritario de los Estados Unidos. En este punto, las conclusiones de V. H. Oppenheim concuerdan con el análisis de Christopher D. Stone y Jack McNamara en **How to take the OPEP**, **The New York Times Magazine**, 12 de diciembre de 1976.) Nixon llega hasta a prometer al Sha proporcionarle todos los modelos de armas que existen en los Estados Unidos, excepto la bomba atómica.

de que hacen gala los Estados árabes en sus decisiones relativas al petróleo. Y también que Nixon no quiere ser llevado por sus aliados hacia una política antiárabe. El 15 de diciembre, Kissinger se entrevista con el rey Feisal. Le propone asistencia técnica e inversiones, sin relacionar nunca sus ofertas con una disminución del precio del petróleo o el levantamiento del embargo. ¿Se trata de la sabiduría de un diplomático que ante todo quiere crear las condiciones para una interrupción de las hostilidades perdurable entre Israel y los árabes? ¿Quería Kissinger, después, obtener una disminución del precio del petróleo, como permiten creer sus declaraciones oficiales? En realidad, en ese momento no existe una política norteamericana verdaderamente clara.

Durante el verano de 1974, William Simon, el secretario del Tesoro, obtiene de los sauditas la pro-

utilizarlos en vano todos los canales para hacer saber a Washington que, por su parte, estaban dispuestos a obtener una reducción del precio por parte de la OPEP. James Akins, desde Riyad, bombardeaba al Departamento de Estado con notas en tal sentido. Molestó tanto a Kissinger que éste decide degradarlo.

Hacia fines de 1975 —apenas un año después— el saudita Yamani envió una carta "estrictamente personal" a William Simon, el secretario del Tesoro, en la que escribía frases asombrosas con respecto a la OPEP: "Entre nosotros, hay quienes piensan que la administración norteamericana no han puesto verdaderas objeciones contra el aumento del precio del petróleo. Hay hasta quienes opinan que usted hasta lo alienta, y que toda posición oficial que afirma lo contrario está destinada simplemente a ocultar ese hecho".

Yamani agregaba que si los Esta-

No es lo mismo aceptar un hecho inevitable que "alentarlo"

Las razones de una cierta política petrolera

Quienes pretenden tener razón a toda costa, la pierden. Una demostración demasiado clara contiene siempre alguna simplificación abusiva. Cuando se cuestiona una idea se cae en la tentación de sostener la opuesta, de razonar simétricamente. Ese es el mecanicismo psicológico que conduce al sofisma.

El artículo de François Schlosser —y los que él cita— expone verdades de a puño, pero las exagera, trasuntando de algún modo las reacciones de círculos europeos que se consideran perjudicados por cierta complacencia de Washington para con los países árabes.

Este diario señaló a menudo, desde 1973, que el gobierno norteamericano no recurría a todos sus medios de presión para evitar que la OPEP cuadruplicara sus precios en 1973-74, desencadenando la crisis energética mundial. Dijimos, al mismo tiempo, que esa actitud era correcta, desde el punto de vista del interés nacional norteamericano.

Lo era por varias razones: 1, la crisis energética debilitaba a Europa frente a los Estados Unidos, cuya dependencia petrolera es mucho menor; 2, dividía al Tercer Mundo en dos campos, el de los países exportadores de petróleo y el de los importadores; 3, aumentaba enormemente las ganancias de las compañías norteamericanas, que compran crudo en el Golfo y lo revenden; 4, el reciclaje de los petrodólares beneficiaba en particular a la economía trasatlántica; 5, el Congreso y los contribuyentes aceptaron sacrificios impositivos tendientes a crear un Fondo Nacional de Energía. Ese fondo llegará a 8.000 millones de dólares en una década (desde 1974).

Los frutos políticos y económicos de esa política están a la vista, y Kissinger en los libros que se dispone a escribir no dejará de reclamarlos para sí, con todo derecho.

La OPEP está en crisis. El primer exportador mundial, Arabia Saudita, y los Emiratos Arabes Unidos, se conforman con la mitad del reajuste del 10 por ciento decidido por los once miembros restantes; pero ya su oposición había mantenido los precios congelados durante un año y medio, lapsó en el cual los productos industriales que venden los Estados Unidos a los países petroleros han encarecido en un 26 por ciento. Amenazan, incluso, con aumentar su producción del 30 al 50 por ciento de la producción mundial, con el consiguiente abaratamiento del producto. Venezuela ha tenido que plegarse, y el Irán, segundo exportador, reaccionó con impotentes denuestos. El presidente Carter podrá organizar una licitación internacional que obligaría a los exportadores a competir entre sí; los Estados Unidos tendrían, por primera vez, reservas de combustible para noventa días. El Fondo servirá, además, para explorar nuevas fuentes de energía, tarea asignada al consejero especial James Schlesinger. Ninguna otra nación está en condiciones de hacerlo.

Por supuesto, el rey Khaled y el jeque Ahmed Zaki Yamani, no tratan de destruir la OPEP ni de causar daño a su propio país: procuran acentuar la presión de Washington sobre el gobierno israelí y su propia influencia en el Golfo, a expensas del Irán.

En definitiva, Kissinger no "alentó" la ofensiva de la OPEP; simplemente tuvo que aceptarla como un hecho inevitable, y sacó el mejor partido posible. Pero el encarecimiento del petróleo se produjo porque es un material escaso y no renovable, cuyo infimo precio relativo permitía los despilfarros del capitalismo occidental y mantenía en la miseria al Oriente Medio.

Osiris Troiani

Copyright La Opinión, 1977

¿Cómo se explica la actitud estadounidense? En lo que concierne al Departamento de Estado, la respuesta es relativamente simple: Kissinger estaba obsesionado por la necesidad de estabilizar la región del Golfo Pérsico contra toda tentativa de subversión, y por el deseo de garantizar a cualquier precio el aprovisionamiento de los Estados Unidos, gracias a relaciones bilaterales privilegiadas con los productores del Golfo.

Un nuevo "lobby"

Quedan otras dos explicaciones profundas, y que no se relacionan directamente con la diplomacia: 1) Los medios dirigentes norteamericanos están preocupados desde la primera administración Nixon, por el problema de la independencia energética, aunque la solución a largo plazo de ese problema les parezca asegurada. Pero, en lo inmediato, sólo un aumento importante del precio del petróleo podía dar nuevo ímpetu a las exploraciones petroleras nacionales, y a las inversiones necesarias para la explotación de las fuentes de energía de reemplazo. 2) El sistema monetario internacional juega en este punto a favor del dólar, pues las enormes sumas obtenidas por los países petroleros del conjunto del mundo industrial se vierten casi inevitablemente por los canales del sistema bancario norteamericano y de los consorcios financieros internacionales dominados por Wall Street.

Esto explica por qué, a partir de fines de 1974, la administración norteamericana dejó de hablar de la baja del precio del petróleo. Las únicas acciones emprendidas desde entonces —y con la ayuda de Arabia Saudita— tuvieron como único objetivo lograr que los aumentos del precio del petróleo fueran "moderados". Este es el sentido de las intervenciones de Washington ante los países productores —sobre todo ante Irán— en vísperas de la última reunión de la OPEP. Mientras tanto, un nuevo "lobby" se ha instalado en Washington: el de los banqueros, los inversores y los exportadores, favorable a un buen entendimiento con la OPEP. Jimmy Carter deberá tenerlos en cuenta —y también a las grandes compañías, más gananciosas y animosas que nunca— cuando trate de definir una nueva política petrolera para los Estados Unidos.

Copyright Le Nouvel Observateur y La Opinión, 1977